

# La Reflexión Eclesial Cubana

P. JOSÉ CONRADO RODRÍGUEZ  
Santiago de Cuba

**A** sí pasa el tiempo. Nos parece que fue ayer cuando iniciamos aquel largo camino de la Reflexión Eclesial que culminó con el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), **proceso que llevó a nuestra Iglesia a un encuentro consigo misma, con sus raíces históricas, con su raigal vocación de testigo de Jesucristo en medio de nuestro pueblo.** Han pasado los años y la pregunta surge, como lógica confrontación entre el hoy y el ayer, entre lo que fuimos y lo que somos. Más aún, ante lo que estamos llamados a ser: ¿Qué nos queda de aquella experiencia? ¿qué vigencia tiene para nuestra Iglesia hoy y en qué nos puede ayudar para mañana?

Para quienes vivimos la experiencia y nos comprometimos en aquel proyecto, hay dos sentimientos que surgen y se nos imponen como motivo de reflexión: **lo que hicimos y lo que recibimos** de aquella peculiar experiencia eclesial.

**Lo que hicimos.** En un cierto sentido la REC y el ENEC fueron hijos de esta Iglesia, producto de nuestra acción y reflexión. Fruto de nuestro trabajo. **Una Iglesia que se dispuso a reciclar su caminar en la historia, tratando de descubrir la verdad de las cosas desde una mirada de amor.** No miramos el pasado con la mirada del que acusa, del vengador "que lleva cuentas del mal", para entonces instaurarse en su propia verdad desde la condena-

ción del pasado y una pretendida creación "desde la nada": esencia de todo maniqueísmo y fundamentación de todo fariseísmo. "El pueblo que olvida su pasado acabará repitiendo los errores que ya cometió", reza un viejo refrán. Pero sólo desde la comprensión y el respeto podemos entender y aprender, del pasado asumido y sólo entonces, exorcizado y redimido.

**Mirar al pasado no es suficiente.** Hay que enfrentar las propias realidades, porque fácilmente nos convertimos en estatuas de sal, como la mujer de Lot, "por mirar hacia atrás". Decía Unamuno que contamos los pelos en la cola de la esfinge, porque no nos atrevemos a mirarla a los ojos. **Y de eso se trataba. De mirar la realidad "en su propia salsa".** La realidad de nuestra Iglesia, su empobrecimiento numérico y su insignificancia aparente, su quedarse al margen, en una sociedad que la colocaba entre los trastos del pasado (donde se ponen las cosas inservibles), debíamos enfrentarlo. Como tantas veces en la historia de la Iglesia, un presente difícil era el mayor incentivo para una renovación necesaria. "El principio de Tertuliano" se cumplía una vez más: "la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos".

Y no siempre tiene la sangre que correr para llegar al río. La Iglesia había vivido un duro proceso de purificación dolorosa. La expulsión de tantos agentes de pastoral, la pérdida de bienes y medios a través de

los cuales realizaba su misión, el "confinamiento forzado en las sacristías", y un ateísmo autosatisfecho y rampante que se presentaba con los lauros de la victoria y sus propuestas "novedosas", prometiendo lo que no podía dar (¡pero quién lo iba a imaginar por aquel entonces!) fueron un duro revés para la fe tradicional del pueblo y para la vida de la Iglesia. **Comenzamos en el piso, acusados de pertenecer a un pasado fenecido y sin lugar en el futuro programado.**

Nada hay como el tiempo para poner las cosas en su lugar y brindarnos las justas perspectivas de estas y de las personas. Sobrevivir fue no poco mérito. **Pero descubrir que nuestro lugar no sólo estuvo en el pasado, sino también en el presente e incluso en el futuro, fue el premio que recibimos por nuestra perseverancia.**

Está en la REC y se refleja en el ENEC, se recoge en sus documentos y lo vivimos en aquella hora bendita y providencial, **una mezcla de sabiduría e ingenuidad, de mirada de niño con mirada de viejo,** quizá uno de los encantos que una lectura inteligente y abierta, puede aún descubrir en el legado documental de aquel acontecimiento.

La REC tuvo sabor de amaneceres. Aunque "sólo a la caída de la tarde emprende la lechuza de Minerva su misterioso vuelo", como decía Hegel. Hay mucho de atardecer en aquel proceso reflexivo.

Lo que recibimos. Si vamos a meditar en el acontecimiento, hemos de ir a lo profundo hasta descubrir que la REC y el ENEC, fueron sobre todo un don, un regalo, algo que sí se puede percibir como esfuerzo, logro, trabajo, sólo cuando se abarca desde el asombro del resultado se descubre como un más allá donde lo hecho recibió una plenitud que nos supera y sobrecoge. Es ahí donde radica la verdadera experiencia de años de búsqueda, de reflexión y esfuerzo. Es el mismo sentimiento que escuchamos y leemos en los testimonios recibidos de los padres y teólogos del Concilio Vaticano II y los participantes en Medellín y Puebla. Es la acción inefable del Espíritu que nos llena de "entusiasmo" en su sentido más elemental: "en theos" (en Dios)... nos llena de ánimo, alegría y fuerza en la medida en que nos llena de Dios.

La paradoja es la sonrisa de Dios. Y Dios se carcajea de las rabietas prometeicas de un hombre al que hizo, y además, le dio el fuego. (No hay que olvidar que el mito de Prometeo es pagano: nada tiene que ver con la teología ni con el concepto bíblico de Dios, que bien puede resumirse en la apoteogma de Ireneo: "la gloria de Dios es el hombre vivo". Nada le quita a Dios el crecimiento humano, al contrario, éste demuestra que el Señor "todo lo hizo bien", pero sobre todo, al hombre). Cuando se le dio por muerto, en aras del futuro y en nombre del comunismo, Dios no se dio por enterado.

Siguió trabajando a través de sus hijos, cristianos de tantas denominaciones, y cada vez ha ido ganando más terreno en el corazón de los cubanos. Hoy sabemos que su nombre acallado, susurrado, evocado, invocado o guardado en lo profundo del corazón, estaba ahí.

Ni siquiera los abanderados de "la nueva fe" (¿o no-fe?) lograron deshacerse de El. En Cuba se siguió creyendo. Hoy lo sabemos, pero entonces, apenas lo barruntábamos.

La REC y el ENEC nos hicieron descubrir cuan formidable

tarea se hallaba ahí. Reevesangelizar a un pueblo, anunciarle la buena nueva a varias generaciones de cubanos que sólo supieron de Dios por lo poco que se filtró en la televisión y por lo mucho que tergiversó la prensa, en manos de los enemigos de la fe. Fue hermoso descubrir que "sólo Dios basta": sin colegios, ni revistas, ni grandes instalaciones sanitarias, casi sin curas y sin monjas, la Iglesia recobró la confianza en sí misma, (eufemismo para decir que "puso su confianza en Dios" y se lanzó a un proceso de renovación interna y de evangelización en gran escala -por supuesto, a la escala de sus pequeñas fuerzas-).

La REC no fue sólo un descubrimiento de puertas adentro. Lo interesante fue que miramos los problemas de Cuba y los hicimos nuestros. Sólo cuando se percibe en función del Reino y del mundo puede la Iglesia ser ella misma y cumplir su misión. Y ese fue el otro gran aporte de la REC y del ENEC.

No podemos decir que hemos logrado cuanto queremos, y menos, lo que hemos soñado. Pero hemos mostrado un camino y hecho la propuesta justa con una solución posible y conveniente para todos. El "diálogo nacional" ha sido el gran ausente de la actualidad cubana. Fue la propuesta de la REC, su aporte más novedoso. Que haya sido desoída la propuesta no le quita actualidad, ni le resta grandeza. ¡Ay de quienes no quisieron oír! ¡Ay de quienes, cisternas agrietadas, rechazaron la fuente de agua viva! ¡Ellos son los responsables, porque se hicieron responsables, al no querer "responder" a la sabia voz de la razón y la justicia!

La posterior acción de la Iglesia: gran misión de la cruz, la carta "El amor todo lo espera", la creación de la Comisión Justicia y Paz, y los demás esfuerzos e iniciativas de la Iglesia cubana, incluida la visita papal, estaban seminalmente en el proceso reflexivo que comenzó a inicios de los años ochenta. No nos debemos acusar de lo que no pudimos lograr, sino de cuanto no quisimos hacer.

Y en ese sentido, no cabe acusarnos de lo que otros no quisieron hacer. Pusimos la voluntad, los medios y el esfuerzo, pero faltó la recepción. Queda una segunda pregunta: ¿y ahora, qué? La REC y el ENEC siguen siendo un proyecto inacabado, aunque no agotado. Un reto, porque nos continúan planteando preguntas acuciantes y problemas muy reales que aún están sin resolver. En ello está en juego el futuro de Cuba, no sólo de la Iglesia. Y de los cubanos, dondequiera que estén y del bando que sean.

Nunca los problemas son mayores que los hombres que deben que resolverlos: pero a veces los hombres no saben estar a la altura de las circunstancias. Eso también es cierto. La medida del hombre se demuestra en la capacidad que tiene de seguir luchando en función de los demás y con las armas de la verdad.

Estamos cansados de ver cuánta fuerza, constancia y astucia son capaces de desarrollar quienes quieren mantener sus cuotas de riqueza y de poder y con qué desparpajo utilizan las armas de la mentira, la hipocresía y la violencia cuando sienten en peligro fama, riqueza y dominio.

Frente a ese "poder de las tinieblas" se debe enfrentar una capacidad de amor, de fidelidad a la verdad, sinceridad, sacrificio en favor de los demás y respeto sagrado por cada persona, piense o no como uno.

Esto es cuanto lo que el mundo necesita para lograr esos sueños que legítimamente guardamos como lo más sagrado en nuestro corazón: hombres y mujeres como Gandhi, Martin Luther King, Oscar Arnulfo Romero, Teresa de Calcuta, Juan Pablo II o Chiara Lúibich son los que necesitamos hoy, aquí.

Ojalá nos atrevamos a serlo.

